

FRAY GERUNDIO.

Súplica y perdón.

En la noche del día 11, cuando ya estaba en prensa la capillada del 12, recibió mi paternidad una comunicacion fechada del 8, y firmada por D. Manuel María Gonzalez, ó sea *el filósofo loco* que decia así:

«Reconociendo el error de las espresiones injuriosas que contra vd. he estampado, las retiro; y deseando acojerme al indulto, espera su perdón S. S. S. Q. S. M. B.—*Manuel María Gonzalez.*»

En su vista, y vindicada ya competentemente por el tribunal la reputacion gerundiana, que era el principal objeto, mi paternidad otorga su perdón al hermano Gonzalez, ó sea *el filósofo loco*, y por su parte le releva de las penas á que por razon de injuria la ley le habia condenado, dando

¿este perdon toda la estension que las leyes permitan. Tendréislo entendido y lo comunicaréis á quien corresponda para los efectos convenientes.—
Firmado.—F. GEAUNDIO.

Aquello no está católico.

Aquí de tu ingeniatura, TIRABEQUE; el caso es de compromiso, los empeños respetables, santo el objeto, la obra ardua, elevada la persona á quien tienes que dirigirte, y flacas y escasas tus potencias intelectuales. Preciso es pues que con estos elementos hayas de aguzar tu pergeño hasta ponerle tan afilado y sutil como la punta de una aguja de bordar, si has de salir airoso del empeño, y corresponder á las esperanzas que en tí cifran los que á tu proteccion se acogen y acuden.—Señor, un poco me acobarda el introito, pero con la ayuda de Dios todo se puede, y no será la primera vez que su divina magestad se vale de un lego para cosas muy grandes: y así diga vd. quien me busca y para qué necesita de mí.—Te buscan, amado TIRABEQUE, nada menos que para que hagas y dirijas una elocuente y razonada exposicion ó memorial al sumo Pontífice sobre el nombramiento de un Obispo para regir una iglesia de católicos.—Señor, la cosa es de mas alto bordo de lo que yo creia; y si ese memorial que me piden para el Papa es sobre un canónigo de Murcia, á quien el hermano Baldomero parece que quiere hacer obispo de allí, pienso que no habrá nece-

sidad de molestar al Santo Padre, y mejor será decirle al hermano Duque que se vaya con tiento, que no rezan bien las cartas murcianas acerca de ese obispo *en friri*.—*In fieri* querrás decir, hombre: ¡siempre adulterando los idiomas!

Y adviértote que es un poco malsonante eso de decir que un militar sea el que trate de nombrar prelados para la iglesia. Una cosa es que él quiera recomendarle á la Rejencia en obsequio á ser su paisano ó amigo, y otra que una espada sea la que provea las mitras: esto no lo creas jamás. Pero no es de Murcia de donde solicitan tu mediación para el caso insinuado.....—Si señor, también de Murcia.—Bien, pero el caso de Murcia ya es más arreglable, porque al fin eso pende de acá, y no está hecho todavía. Los que á ti te buscan son los principales católicos de Gibraltar, para ver si por medio de tu capilla, en union con los esfuerzos suyos, consiguen mover el corazón del Santo Padre para que separe de aquella iglesia al Obispo de Heliopolis, D. Fr. Enrique Hughes, franciscano Irlandés, que hace algun tiempo les ha enviado de *Vicario Apostólico*, el cual en vez de apacentar católicamente aquella grey, parece que ha introducido la alarma, el sobresalto, la consternación, la discordia más lamentable, y hasta el cisma en aquella iglesia.—Pues qué, mi amo, ¿también hay gente cristiana en Gibraltar? Yo pensé que allí todos eran ingleses ó judíos.

De todo hay, *PELEGRI*. Cierto es que desde que los ingleses nos tomaron en 1704 aquella inespugnable fortaleza, así como han tomado ahora la

isla de Chusan en la China, y como han ido tomando las ciudades de la Tierra Santa, y como irán *pian pianino* tomando las de la tierra profana, sean egipcias, turcas, chinas, rusas, francesas, españolas ó del Preste Juan de las Indias, que para ellos es igual, si la España y la Europa y el mundo entero no se aperciben mucho de su conquistabilidad insólita, cierto es, digo, que desde entonces constituyen el comercio y guarnición inglesa la principal población de Gibraltar; pero allí hay gente de todas las naciones, y de todas las creencias y cultos. Y así tienes en aquella plaza un templo de anglicanos, tres sinagogas de judíos, y una iglesia de Católicos, cuyo clero está dotado por el gobierno en *trescientas libras esterlinas anuales*, y la cual se gobierna como las primitivas iglesias y como gobernó Josué por mandato de Dios al pueblo hebreo, esto es, por una *Junta de Ancianos*, que son como los ecónomos y administradores fidei-comisarios de las ofrendas y tributos que paga el pueblo católico. Allí el pueblo, que está representado por una *Comisión suprema popular*, es el que elige su pastor ó *Vicario Apostólico*, enviando despues el nombramiento á la aprobacion ó confirmacion del Papa.

Señor, como soy un simple lego cristiano español, hijo de padres de una cristianía española apelmazada, le juro á vd. que no entiendo una jota de esa casta de cristianos que dice vd. que hay en Gibraltar, ni sé una palabra de esas *libras esterlinas* ó *lucernas* que dan allí á los curas. Con que así bien puede vd. decir á esos

hermanos católicos del Peñon, que si á sus curas les paga el gobierno inglés *libras estrellinas*, pueden darse con el peñon en los pechos, que aqui en España con ser como somos todos cristianos desde los vientres de nuestros padres y de nuestras madres, el gobierno no paga á los curas por libras, ni aun por onzas, ni aun siquiera por tarinos, y que aqui tienen ya que andar los párrocos de las parroquias para poder comer ajustándose con los feligreses de sus feligresías sobre el tanto mas cuanto les han de dar por una extrema-union ó un matrimonio, y que mientras el gobierno no atiende á los párrocos como Dios manda y ellos merecen, pagándoles religiosamente lo que sea de razon, ya que no en libras estrellinas, á lo menos en pesetas aunque sea sin estrellas, no piensen que los pueblos han de ser liberales, porque los pueblos no saben mas política ni mas religion que la que les enseña el cura, y si al cura le deja el gobierno morir de hambre, aquel cura no puede ser amigo del gobierno, y no siéndolo el cura tampoco lo son los feligreses. Señor, esto es lo que yo sé y nada mas: pero todo esto es de España; yo de Gibraltar no sé una palabra.

— ¡Válgame Dios, Tirabeque, y cuán pocas lenguas de estension abarca tu entendimiento! Yo no diré que no tengas razon en cuanto has dicho del elevo de España, pero no es de él de quien se trataba ahora sino del de Gibraltar. Hallébase pues aquella iglesia católica unida, compacta, feliz y contenta con su buen Vicario el virtuoso y benéfico Ilmo. D. Juan Bautista Zino, hasta que por

efecto de una maquiavélica intriga frailesca fue sorprendido el ánimo del Romano Pontífice, y separando á aquel pastor tan querido de su grey, envió en su lugar al referido franciscano, Obispo de Heliopolis.—¿Dónde está ese Llópolis, señor? ¿Está en Londres ó en Roma?—Heliopolis es una ciudad ruïnosa del Bajo Egipto, á 2 leguas del Cairo, y el obispado de su título no es mas que una dignidad de honor, un obispado *in partibus* que llaman.

Pues desde que entró el tal hermano de hábito en Gibraltar, desapareció la armonía y huyó la paz de aquella iglesia católica; en su lugar entró la discordia y el cisma: las escuelas gratuitas que habia para la educación de los católicos pobres hubo que cerrarlas, porque el primero que se negó *de officio* á contribuir á su sostenimiento fue el reverendo Vicario Apostólico, como de officio me consta á mí, Peseais: la ostentacion del templo se trasladó á la casa del apóstol: á la modestia del evangelista sucedió el hosto del magnate del siglo: los antiguos y respetables sacerdotes de la iglesia fueron ó abandonados, ó menospreciados, ó perseguidos: el pueblo levanta su voz hasta el cielo, y esclama en una enérgica y dolorida representacion á la *Junta de Ancianos*, que tengo á la vista: «¿A dónde está la caridad cristiana del pueblo católico de Gibraltar? ¿A dónde está la justicia y el recato á un sacerdocio tan ministro del Señor como su Ilma? ¡Ah, señores! Despertad de una vez. Mirad lo que ha reemplazado á religiosos tan beneméritos y tan preclaros!

«El templo parece estúpido: las funciones sin ostentación ni decoro, sin tercia, sin asperges en los días mas solemnes, sin misa cantada aun en los días de fiesta; sin escuelas.... ¡Oh Dios! ¡Iglesia de Gibraltar! Tu opulencia y suntuosidad religiosa se ha metamorfoseado en tosca y ruda confusión: los rituales, las rúbricas ya no son para tí. Cierro es que hay sermones, pero se divinizan en ellos las criaturas: se ha predicado que es mayor el valimiento de la Virgen que el poder de su Hijo....»

Señor, eso es una barbaridad como un peñón; y si la virgen de los cristianos de Gibraltar es la misma que la nuestra, y si el Hijo no es otro allí que aquí....—Los mismos, hombre: *et in unum Dóminum Jesum Christum Filium Dei unigenitum*: su único hijo.—Señor, no me vaya vd. á ahorcar.—No te ahorco, hombre; *et su único hijo* no es mas que para explicarte la palabra *unigénito*.—Pues señor, entonces eso equivale á una herejía de mi tierra.—Pues por ese cuadro, PÉLLEGRIN, inferirás bien que aquello no está católico, y deducirás lo angustiada que estará aquella iglesia, porque no hay católicos mas verdaderos y mas celosos que los que lo son por devoción y convencimiento en las poblaciones donde hay libertad de cultos.—Señor, ya veo yo que aquello no está católico; y dígole á vd. que no está mal regalo el que ha hecho á aquellos cristianos el Santo Padre con el obispo ese de Llópís ó Llópilis ó como llaman esa ciudad de *párribus*, que allá viene á dar con mandar á un

rebaño de ovejas un lobo en lugar de un pastor.

He aquí, PELEGRIN, para lo que invocan tu apoyo una porcion de respetables católicos, tanto españoles como extranjeros, de Gibraltar, cuyas firmas puedes ver en estas comunicaciones que aquí tengo; y conoce al mismo tiempo la fama que á mi sombra has ganado por aquellos países, cuando de este modo y para tan altas y trascendentales cosas á tu mediacion acuden: «que ponga TIRABEQUE, dicen, una de esos memoriales expresivos que él sabe poner al santo Padre...»— Señor, dígales vd. á esos buenos hermanos que se miren bien en lo que piden; que TIRABEQUE es muy poca persona para entenderse con el santo Padre; que al señor Sumo Pontífice le respeto yo mucha como cabeza de la iglesia: y que en caso de molestarle sería para decirle lo que hacen los Obispos de acá de casa, como verbo y gracia el de Ciudad-Rodrigo, que según dicen, da licencias á los capuínos para absolver en el confesionario del juramento de la Constitucion, que esto tampoco me parece que está muy católico.—He ahí una noticia, PELEGRIN, con la que creo no darías el mayor sentimiento al Romano Pontífice, y que pienso sacarías mas fruto denunciándola á la Rejencia, por si fuese cierta.

Con que vamos, ¿tu no te decides á hacer esa esposicion que te piden los hermanos católicos de Gibraltar?—Señor, no me resuelvo.

Ya lo oís, hermanos Calpenses: TIRABEQUE no se resuelve. Por lo demás si en algo puede contribuir la capilla gerundiana para el restableci-

miento de la paz y prosperidad de esa iglesia católica, deber es de un Padre de almas emplearla en todo lo que sea *ad propagandam fidem*. Dios guarde á vds. muchos años. Madrid 15 de enero de 1844.

TIRABEQUE JUGANDO A LOS SOLDADOS.

Cosas tiene este PELEGRIN, que mas parecen de un inocentote que de un maulero como es él, con sus puntas de socarron y sus conchas mas de galápago que de peregrino. Como hace una porcion de dias que por necesidad higiénica y contra costumbre se levanta mi reverendísima humanidad bastante tarde de la cama, porque esta improba tarea de gerundiar no deja á un pobre Fr. GRANUDO estar siquiera un dia á sueldo entero de cama, sino que tiene que ir la cobrando á mitad ó á dos tercios de dia como cobran ahora sus pagas los empleados. TIRABEQUE se ha aprovechado de estos ratos en que yo no podia inspeccionar sus operaciones para dedicarse él á sus juegos y entretenimientos laico-infantiles.

Esta mañana me vesti sin que él me sintiera, y sin su cooperacion me puse la chupa, la bata y el gorro doméstico. Como al tiempo y al que anda sobre estereras no se les siente caminar, llegué sin que él se apercibiese á la puerta de su celdita, y oí que estaba diciendo: «mi general, lo que se ofrece es menester cumplirlo.» A Dios, dije para mí, algun general ha venido de visita, y este gahnápico, como yo no estaba para recibir, le ha metido en su celda como si fuese algun pelafostan de su misma clase y estofa. Escuché otro poco á ver si conocia al general por la voz, y vuelvo á oír á TIRABEQUE pronunciar estas pala-

bras: «Excmo. Sr. Duque de la Victoria, este valiente coronel juntó diez mil hombres para auxiliar el pronunciamiento de setiembre, y hoy casi no manda á su asistente, porque casi no tiene con que mantenerle.» ¡Qué diablos será esto! dije yo: si tendré en casa al Duque de la Victoria con todo su estado mayor, y este bruto no me habrá dicho una palabra!»

Me volví á la alcoba, toqué la campanilla, y acudió TIMARQUE.—¿Qué visitas son las que tienes en tu celda, PERICOR?—No tengo á nadie, señor.—¿Cómo á nadie! ¿Pues con quién hablabas no hace un minuto?—Con nadie, señor, ¿cómo se dice?—¿No estabas hablando con un general?—Echóse TIMARQUE á reír, y tomándome de la mano, «Señor, me dijo, haga vd. el favor de venir conmigo, y verá vd. lo que era.»—Entreamos allá, y no pudo mi reverencia menos de dar al traste con toda su gravedad y circunspección gerundiana y reírse como un chiquillo al ver que tenía la mesa llena de cuerpos de ejército de infantería y caballería y de toda clase de armas y uniformes, unos de papel, otros de cartón, otros de yeso, y otros de un barro cualquiera. Veíanse también generales, brigadieres, coroneles, y oficiales de todas graduaciones, unos en orden, en desorden otros, unos caídos y otros levantados.—Verdaderamente, PERICOR, que si la fe de bautismo, los años que llevas en un compañía, y esas barbas que pueblan tu nada agraciado rostro no certificarán que eres ya persona mayor, te tendría en este momento por un muchachuelo de los que cuecen en primeras letras.—Señor, no tiene el hombre rato mas feliz que cuando se divierte con los juegos de los chiquillos.

Y bien, ¿cómo y para qué has traído aquí tan numeroso cuerpo de ejército? ¿Vas acaso á figurar la invasión en el Portugal?—No señor; porque tengo para mí que eso del Portugal debe haberse empastelado.—¡Calla! ¿y qué es esto que

tienes debajo de la mesa?—Señor, de eso no haga vd. caso; es una estampa de la independencia nacional.—Pero hombre, por decoro de la nación no debes tener esta estampa debajo de la mesa.—Señor, déjela vd. ahí, que por ahora ese es su sitio.—En fin tu te entenderás. Vamos, ¿y como y á qué fin has traído aquí toda esta gente?—Para divertirme no más, señor: si habia de gastar el dinerillo de mis ahorros en otra cosa, lo he empleado en soldados: mire vd. qué gente tan guapa y tan bizaca tengo, señor!—Bien, pero ¿qué hacias con ellos? Porque yo te he oído dar voces, y nombrar generales, ni mas ni menos que si pasara algo en realidad.—Entretenimientos míos, señor: me estaba divirtiendo inocentemente con ellos. Mire vd.: estos que van por aquí dispersos, los acabo de disolver, todos son cuerpos francos: principié por éstos, porque como estamos hoy á 15, era menester obrar con arvegle al día.—Verdad es que es el día señalado por el gobierno para la disolucion y licenciamiento de estos cuerpos.—Pues eso, señor; á mi siempre me ha gustado andar con el día.—Hombre, ¿y qué mala cara tienen estos sargentos que vienen por esta esquina!—Cara de renegados llevarén, señor: ¿cómo quiere vd. que la lleven con el pago que les doy?—¿Y por qué no les pagas de otro modo?—Así estuviera en mi mano, señor, pero yo ando con el día.

Pues oiga vd., mi amo; peor la tienen estos que están aquí: ¡hola, mozos; *malam caram te feci*, ¿Qué es eso? ¿os falta algo? Si os falta alguna cosa, decírmelo con franqueza; vamos, muchachos, entre legos y soldados cumplimientos escusados; á mi no teneis que incultarme nada.—Pero, *Imaqueus*, no creí que eras tan tonto y en tan alto grado necio; lo mismo les hablas que si en vez de ser carton ó de barro fueran de carne y hueso.—¿Qué quiere vd., señor; yo me divierto así inocentemente. Pero á estos, aunque no

me contestan nada, bien los entiendo yo. Estos deben ser los cumplidos, mi amo: mire vd. que caras tan veteranas tienen todos ellos. «Vamos, chicos, es menester que tengais un poco de paciencia hasta ver en qué queda eso de Portugal, porque si llega el caso no es cosa de mandar allá recultas y gente bisoña; pero en saliendo de eso, mi general (aquí se volvió Turanoque hacia el que en su organizacion hacia de general en jefe), en saliendo de esto, mi general, lo que se ha ofrecido es menester cumplirlo. Porque en las caras que ponen estos mozos conozco yo que se acuerdan de cuando su excelencia les decia: «hijos míos, en acabándose la guerra ireis á descansar á vuestras casas.»

Mi amo, allí estóy viendo uno que segun la cara de vinagre que pone, llévome el diablo si no es que no le pagan el real de cumplido, como está mandado.—Hombre, eso será que al pintor ó alfarego le salió mas feo ó con mas entrecerjo que los otros.—Así debe ser, mi amo, pero yo me divierte inocentemente en dar estas entrepeticiones á la cara de cada uno; porque las almas son los espejuelos de las caras.—En parte tienes razon, bien que lo hayas dicho al revés como acostumbres, porque á aquellos pobrecitos que tienes allí con rapita de verano se me figura que se les conoce el frio en la cara. ¿Por qué no los tomaste vestidos de invierno? Pues eso no es andar con el dia, PELEGRIN.—Señor, no es andar con el dia, pero es andar con el gobierno.—Eso es otra cosa; tu andas con quien mejor te viene. ¿Y dónde está el jefe de este batallon?—Ese batallon, mi amo es el provincial de Santiago; el jefe le separó el gobierno, porque el hermano Seoane... aquí tiene vd. á Seoane, señor; este cojito que está aquí... dijo que no convenia al frente del cuerpo, y el gobierno en seguida le dió el mando del provincial de Jaen.—Bien; si el gobierno creyó que no era bueno para mandar un cuerpo, y si para mandar otro, hizo muy bien.

¡Hola, caballeros (continuó TRABEQUE dirigiéndose á otro batallón que sin gefe estaba)! ya sé lo que ha pasado: ya sé que el coronel les dijo á vds. que el día que no estuvieran contentos con él se lo manifestáran con franqueza para retirarse: ya sé que vds. le dijeron en Orihuela que no podían estar contentos en vista del comportamiento que con vds. tenía, y así ó que él hiciese dimisión, ó que vds. pedirían sus retiros, y que él contestó que hicieran vds. lo que quisieran, porque él no pensaba dejar el mando: ya sé que vds. estaban estendiendo su petición de licencias en Murcia cuando él entregó el mando al Mayor... aquí está el Mayor, mi amo, vele aquí le tiene vd. este que está á caballo: y vds. suspendieron al pedir los retiros creyendo que él lo dejaba voluntariamente: ya sé tambien que puso un parte diciendo que vds. se habían rebelado contra él, y que por eso ha ido allá el general Hoyos á marchas doblas, y por eso dije yo el otro día lo que dije de las disciplinas: ya lo sé todo, ya.—Pero hombre, ¿á quién diriges esa tan estraña alocucion?—Al provincial de Oviedo, mi amo, que es esto que está aquí.—Ya se ve, tú puedes hacerle el provincial de donde te dé la gana.—Señor, por eso le decia á vd. que esto no era mas que divertirme un rato inocentemente y sin perjuicio de nadie jugando á los soldados.

¿Ve vd. todos estos cuerpos de infantería y caballería que tengo aquí á la izquierda?—Y bien, ¿que significa eso? ¿Es la reserva que has dejado para tu plan de ataque?—Señor, ya le he dicho á vd. que yo no he traído á esta gente con ánimo de sacar. A ver, mi amo; ¿qué es lo que observa vd. en ellos?—¿Qué he de observar? Que ellos y los caballos están gordos y bien tratados: están, están bien meliditos en harina.—No señor, no es harina, que es yeso. ¿Pero vd. no nota como miran de soslayo á sus gefes? Pues es que todos estos gefes son de los que se opusieron al pronun-

ciamiento, y los oficiales y soldados estan que trinan con ellos. Mire vd., señor, no hay mas que mirarlos.—¡Tonto! apreusiones tuyas. Y este grupo de oficiales que tienes aqui, ¿para qué los quieres? ¿Cómo no los agregas á algun cuerpo?—Señor, ya he estado yo discurriendo á donde agregarlos, pero no he podido, porque tienen tomadas las plazas los del Convenio.—¿Y para qué se las has dado? En tu mano estaba colocar á quien te viniese en antojo.—Si señor, pero ya le he dicho á vd. que he seguido el plan del gobierno en cuanto he podido.—Mira, aqui en este escuadron veo algunas plazas vacantes: aqui podias colocar algunos.—Señor, esos claros aunque parecen vacantes no son vacantes: esos claros son tambien de los de Vergara, que los tiene el gefe en diferentes comisiones.—Y el uniforme parece del regimiento de Borbon.—El uniforme, mi amo, no hace aqui mucha regla, porque no estoy yo muy bien enterado de las divisas de cada cuerpo. Tambien estos que miran con poca gracia á este coronel parecen á primera vista á los cazadores de Luchana, y sabe Dios de qué cuerpo serán.

¡Hola! y aqui se ven tambien facciosos! ¿qué mezcla es esta Prancats? Esto si que no me gusta.—Señor, esos son prisioneros que van á sus casas de resultas de la amnistia. Los que vienen de Navarra, traen ración de pan y alojamiento en los pasaportes que los da el hermano Hiberno, pero los que vienen de Aragón no traen mas que las generales de la ley, de que les protejan las justicias del tránsito, y luego se estrañará que anden rateros por los caminos, señor; ¿qué han de comer mientras llegan á sus casas?—¡Hombre, y qué mal compaginados tienes estos! Sin duda no has tenido tiempo de ponerlos en orden.—Si señor, si; pero me temo que los republicanos me están mirando algunos cuerpos: tengo yo acá mis barruntos..... Exemo. Sr., no puedo menos de avisar á S. E..... —¡Tu estás loco, muchacho! ¿A quién te diriges

ahora son tan descompasadas voces? Ya no extraño yo que me hicieras creer al principio que teníamos al hermano Duque en casa.—Si señor, en casa está; aquí le tiene vd.—Pero, hombre....—Señor, vd. déjeme, que yo me divierto así inocentemente y sin perjuicio: ¿o tengo alguna cosa de precisión que hacer ahora?—No, pero tampoco quisiera que hicieras simplezas.—Son juegos, mi amo: siempre tube yo afición á jugar á los soldados. Excmo. Señor, aquí en este rinconcito le tengo á S. E. reservados unos cuantos brigadieres, coroneles, comandantes y oficiales antiguos, que llevan cinco, diez ó veinte años en los mismos empleos... mire S. E. qué viejos son todos, hermano Excmo... aquí aquí los tengo arrinconados, porque son los que menos raja han sacado de esta guerra: ¿cuándo llegan para estos pobretes las recompensas y los premios que se les tienen ofrecidos? Estos, que acaso son los mas liberales...—PELEGRIN, que te me metes en honduras: que te olvidas que eres un simple lego.—Señor, si esto no es mas que una diversion de muchacho.

¡Calla! ¿y qué es lo que vas á hacer ahora con el hermano Duque?—Señor, á ponerle aquí en medio de todo el ejército.—¿Pero no conoces, simple, que ahora no es ese su lugar, porque como presidente de la Regencia tiene que estar en Madrid atendiendo á los interesantes negocios que dentro y fuera de España hay pendientes y se están ventilando?—Señor, créame vd. que el hermano Duque no estará mal una temporada en medio del ejército para que vea estas y otras cosas que están pasando, y oiga á unos y á otros.—¡Porque sino tengo para mí que lo habrá de sentir algun dia; y como dice el refrán, mi amo, «hacienda, tu amo te vea,» y hay mucha gente que vive de meter cizaña, y el agua de la Cibeles tiene muy mala virtud para los que están mucho tiempo en Madrid, y eso no le quitaba dar de vez en cuando sus vueltas por acá para ver cómo va esta...

ténte, no te caigas.—Cuidado, PELEGRIN; no falta mas sino que dejes caer al hermano Duque.—No quisiera, señor, porque entonces no sé qué habia de ser de nosotros.... ténte.... Señor, imposible es que no haya alguna mano mágica debajo de la mesa empeñada en no dejarle sentar bien.... éa, ya está aquí en medio de todas las tropas; ¡mire vd. qué firme quedó, señor! Clavado parece que está.—Vamos, ¿acabaste ya de jugar?—Señor, por hoy podemos dejarlo, si á vd. le parece. ¡Cómo me he divertido, señor!—Hombre, ya que te has puesto, podias haber concluido con dar una cruz general á todo el ejército, para que les sirviese de memoria y de algun modo de recompensa por la terminacion de la guerra cívil, asi como se dió al que rechazó las huestes de Napoleon, la cual cruz podria pender de una cinta cuyo tejido figurase el arco iris, como simbolo de la paz.—Señor, por mí concedida: ya no falta mas que la apruebe el gobierno. Vaya, vaya! ¡Cómo me he divertido jugando á los soldados!

Editor responsable, F. de S. Fuentes.

MADRID:

IMPRESA DE MELLADO, calle del Sordo, n.º 17.